

A black and white photograph of a woman's back and legs. She is wearing a dark, lace-trimmed corset and high-heeled shoes with a fur-like trim. Her hands are behind her head, and her legs are crossed at the ankles. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her back and legs.

el otro lado del sexo

UNA INVESTIGACIÓN DE

Valérie Tasso

En el sexo, el lugar máspreciado y perseguido de la conciencia humana, hay un más allá desconocido. Una cara oculta. Así que, sabiéndolo, no me quedó más remedio que ir. Que acercarme.

¿Cuáles son los beneficios de la felación? ¿Por qué existen mujeres las Tigresas Blancas que se pasan la vida practicando esta modalidad sexual y la elevan a la categoría de arte sagrado? ¿Puede alguien abstenerse de practicar sexo? ¿Es eficaz como terapia para la tercera edad el ejercicio de la sexualidad a cargo de unas expertas enfermeras? ¿Se puede mejorar el placer sexual inyectando colágeno en el punto G? ¿Existen vaginas de diseño?

Estas y otras muchas preguntas tienen respuesta en este fascinante libro de Valérie Tasso, una de las escritoras en lengua española con mayor proyección internacional, que sorprende y no sólo eso: deslumbra y cautiva desde la primera hasta la última página. Para este libro la autora ha alcanzado ese otro lado del sexo que está ahí pero que desconocemos, ese lugar donde no nos atrevemos a entrar. Viajó hasta El Reino del Otro Mundo un castillo donde las mujeres dominan a los hombres cuya entrada está rigurosamente restringida, acompañó a los *voyeurs* de la Casa de Campo de Madrid y abordó, para todos sus lectores, el «orgasmo masivo y prolongado»...

El otro lado del sexo es un trabajo teórico y práctico salvajemente incorrecto, un escrito incómodamente inteligente, un libro escandalosamente elegante de una autora libertina, con vocación de libertaria y, por qué no, un poco golfa...

Introducción

Cuentan que una vez le preguntaron a Baudelaire sobre el significado último de su trabajo. Y cuentan que el poeta respondió: «Cuando me preguntan lo que quiero decir digo que lo que quiero es hacer, y es esa voluntad de hacer lo que escribo».

Lo entiendo. Personalmente siempre he tenido dificultades en distinguir dónde empieza la escritura y dónde termina la vida, en qué territorio se separa el conocimiento de la vivencia y en qué partícula de piel acaba uno y empiezan los otros. Siempre he creído que vida y pensamiento se re-actualizan, son correlativos, se dan el alma que se quitan.

Empecé a vivir, es decir, a escribir este libro unos años atrás. No sabría decir muy bien cuándo empezó, pero sí creo tener claro que en su inicio se hermanaron la formación teórica (fundamentalmente los estudios de posgrado en sexología que realizo) y mi propio bagaje existencial. Ambos me mostraron que en el sexo, el lugar máspreciado y perseguido de la conciencia humana, había un más allá desconocido. Una cara oculta. El otro lado. Así que sabiéndolo, y sabiéndome, no me quedó más remedio que ir. Que acercarme.

El otro lado del sexo es, ha pretendido ser desde el principio, un viaje a los márgenes de la condición humana. Un encuentro en primera persona con las espesas capas de la materia de lo humano, en las líneas en las que éstas empiezan a perder consistencia, donde el cielo deja de ser azul para virar al negro. Recordé al salir y durante el viaje

las palabras del maestro Sun Tzu: «Cuando te enfrentas en combate debes saber que, independientemente del resultado, tienes que estar dispuesto a perder una parte de ti». Y así fue.

No hay viaje sin riesgos. Los procesos de autoconocimiento (las inmersiones en la propia conciencia para extraer lo que de común tienen las demás) son siempre dolorosos, no lo sabemos hacer de otra forma. Lejos de las místicas orientales, aquí nuestro pensamiento parcelario sólo nos permite romper el reloj para saber lo que hay dentro, y luego, con un poco de suerte, intentar recomponerlo. Rompernos para entendernos. Rompernos para recomponernos. Rompernos para contamos.

Ahora, a medio volver (una nunca vuelve del todo de determinados lugares), creo que he perdido inocencia y he ganado tamaño. Ahora, a medio volver, cuento lo que vi donde no se puede volver del todo, lo que viví donde no se quiere volver del todo. Cuento el resultado de abrirme para llegar y al regresar, contarme. Intento hacerlo con madurez, esa madurez que consiste, cito a Nietzsche, en recuperar «la seriedad que uno tuvo en su infancia mientras jugaba», y hacerlo de manera explícita. Hablar de los colores que he percibido, razonar los comportamientos que he ocupado y reflexionar por qué este lado es el oculto y no el visible; por qué desde aquí la luna es siempre igual, plana, condescendiente, por qué no nos dejan ver su revés, ese donde siempre toca el sol.

Lo que pongo en vuestras manos es el resultado de todo ello.

A vuestra disposición...

VALÉRIE TASSO
Noviembre de 2005.

CAPÍTULO 1

REINO DEL OTRO MUNDO

El verdadero imperio de las mujeres

*Si va a torturar a sus esclavos en su habitación
después de medianoche, por favor, limite sus gritos.*

*Del reglamento de The Other
World Kingdom*

Aquella noche, compré un tigre. Bastante adiestrado, bastante cariñoso.

—Tengo un gato en mi casa y lo echo mucho de menos. Así que hazme el gatito. Ronronea —le ordené a mi tigre.

«Lo siento, Señora, no puedo, no soy un gato, soy un tigre», respondió el tigre, con aire serio.

Aun así, se pegó a mis piernas y empezó a frotarse. Sé que quería agradarme.

Compré un tigre cuya dueña, Lilith, me agradeció sinceramente hacerme cargo de él. Había trabajado tanto por la tarde pintándole las rayas negras de su pelaje que no venderlo en la subasta le habría entristecido. Todos actuábamos según el papel establecido y me asombraba ver cómo fluíamos juntos, lo natural que era nuestro comportamiento. Como si estuviésemos estrenando una obra de teatro, trabajada a la perfección a lo largo de toda la vida, cuyos diálogos conocíamos sin tener que recurrir al guion. Mientras paseaba, orgullosa, a mi tigrecito, pensaba en eso: la teatralidad. Las demás dominas aprovechaban para acariciar al tigre cuando Objeto se acercó con mucha humildad para saber si necesitaba algo.

—Sí. Ve al bar y pide un vaso de vino blanco para mí y una cerveza sin alcohol para mi esclavo. ¡Ah! Y un vaso de agua también.

—Sí, Señora. A su servicio, Señora. Con su permiso, me retiro, Señora.

—Vale. Pero cuando vuelvas, quiero que me recites algo de Shakespeare.

—*Of course, Madam.*

Y corriendo, Objeto se fue hasta el bar a pedir lo que le había ordenado. Se oía el tintineo del candado que colgaba de sus genitales. En su nalga izquierda, se dibujaba un morado que, por el aspecto multicolor que tenía, era sin duda reciente. La silueta del cuerpo desnudo de Objeto se perdió en la oscuridad de la discoteca.

«Bienvenidas al Reino del Otro Mundo: no olviden atar el collar alrededor del cuello de su criatura masculina».

El Reino del Otro Mundo se encuentra a una hora y media de Praga, entre la capital y Brno, en una localidad llamada Cerna. Puedo situarla en un mapa de la República Checa. Pero no pondría la mano en el fuego sobre la exactitud del emplazamiento del castillo. Es curioso, no me preocupé de saber dónde se encontraba aquel lugar, quizá con intención de borrarlo luego de mi memoria. O para no ser demasiado consciente de adónde iba. O para no comerme demasiado la cabeza sobre lo que podría pasar en caso de emergencia, al estar aislada de cualquier población grande. Monique, la persona gracias a la cual yo estaba a punto de entrar en la meca del sadomasoquismo, me había explicado que el castillo se encontraba en medio del campo, cerca de un pequeño pueblo.

—Nos van a tratar como reinas, que no te quepa la menor duda —me dijo Monique, excitada, a las puertas del castillo.

Yo también estaba excitada, pero a la vez me asustaba pensar en lo que iba a encontrar tras esas murallas.

Habíamos aterrizado en el aeropuerto de Praga esa misma mañana. Nos estaba esperando un chico rubio impresionante, con un cartel en el que se leía «OWK», es decir, Other World Kingdom. Pensé que era un esclavo de la Reina Patricia, la soberana del lugar. Pero sólo se trataba de un taxista que tenía dificultades para comunicarse con nosotras. Durante el trayecto en coche, Monique y yo estuvimos bromeando sobre nuestra estancia allí. A ella la notaba segura de sí misma. Era normal. Éste era su cuarto viaje al reino. En cuanto a mí, estaba sobre todo preocupada por mi papel, por cómo comportarme en semejante situación y por no saber lo que me esperaba. Había visto una galería de fotos en la web oficial del castillo y la verdad es que me habían impresionado. Aparte de enseñar la mayoría de las instalaciones, incluidas las salas de tortura, la web mostraba sangrientas sesiones de SM. Durante el evento, se iban a reunir las *dominas* más importantes de todo el mundo, venidas de los cuatro rincones del planeta para asistir a la ceremonia oficial. No todas iban a ser como Monique: agradables, comprensivas, con sentido del humor, y una idea clara de que el SM (sodomismo) es más que unos azotes en el culo de un esclavo.

La adrenalina empezó a subir en cuanto llegamos a nuestro destino. De pie, delante de la puerta del dominio, nadie pareció prestar atención a nuestras llamadas insistentes al timbre. Transcurrieron quince largos minutos. El nerviosismo y la impaciencia empezaban a hacer mella en nosotras, pero Monique no perdía su bonita sonrisa. El taxista aguardaba con aire serio, sin mirarnos; probablemente quería asegurarse de que íbamos a entrar. Me tranquilizaba tenerle ahí, para que nos pudiera llevar de vuelta a la capital en caso de que no nos atendiera nadie. Finalmente, un chico rubio, de facciones arias, abrió la puerta y nos hizo pasar. Nos llevó directamente a recepción, donde tuvimos

que rellenar unos documentos que no me tranquilizaron en absoluto. Su objetivo era descargar de responsabilidades al OWK en caso de problemas.

—Para las autoridades checas —dijo el chico rubio cuando le pregunté si era necesario cumplimentar aquello.

—¿Qué pasa? ¿Viene la policía aquí a pedir un registro de los huéspedes? —pregunté, intentando conservar la calma.

—No. Policía, no —me contestó en un inglés pobre.

—No te preocupes —me tranquilizó Monique—. Es una formalidad, nada más. Aquí nunca hay problemas.

Iba a tener que creerla. No temía a la policía, sino a lo que podía pasar dentro del castillo. Hicimos cambio de euros a doms (1 dom = 0,68 euros), la moneda oficial del Reino, y única aceptada para pagar comidas y compras en la tienda del OWK, recogimos la llave de la habitación y nos fuimos.

La mayoría de la gente que estaba llegando hablaba inglés. Al salir, cogí varios prospectos sobre las actividades de esos días y el reglamento del castillo, cuyo contenido reproduzco parcialmente a continuación:

Bienvenidas al Reino del Otro Mundo (OWK). ¡El verdadero Imperio de las Mujeres!

Reglas básicas de comportamiento dentro del Reino:

- Las mujeres en OWK son superiores a las criaturas masculinas, y dichas criaturas tienen que actuar en consecuencia.
- Todas las criaturas masculinas deben llevar un collar alrededor del cuello las veinticuatro horas del día.
- Los sillones, las sillas y las banquetas están reservados sólo a las mujeres.

- Sólo las mujeres pueden andar encima del pavimento del recinto.
- Las mujeres tienen siempre ventaja sobre las criaturas masculinas, y en cualquier sitio.
- Todos los servicios que da OWK están reservados a las mujeres.
- Está prohibido alimentar a los esclavos que no sean propios.
- Está prohibido castigar duramente a un esclavo ajeno sin el permiso de su dueña.
- Está prohibido practicar juegos eróticos en las áreas públicas.
- Está formalmente prohibido sacar fotos o filmar vídeo.
- ¡Las personas que entren en el Palacio de la Reina deben estar vestidas! (Las criaturas masculinas deben estar vestidas de tal forma que el cuerpo entero esté cubierto, incluidos los genitales, el culo y las partes altas del cuerpo.)
- Cuando suene el Himno del Reino, las mujeres deben levantarse, y los hombres, arrodillarse.
- El OWK no se hace responsable de la pérdida o destrucción de objetos personales.
- El OWK no se hace responsable de las lesiones y heridas causadas, enfermedades contraídas u otros daños y perjuicios contra la salud.
- Cualquier persona que entre en el Reino del Otro Mundo lo hace bajo su propio riesgo.
- Las personas del OWK no están aseguradas dentro del área del Reino por OWK.
- OWK se reserva el derecho, en caso de violación grave del reglamento, de expulsar a las personas del Reino, sin compensación económica ninguna.
- En caso de disputas, la palabra final y definitiva la tendrá la primera *hoffmistress*.

Comidas

- El desayuno y la cena se sirven en el *pub* U Chomouta en la Long House. Está abierto de nueve de la mañana a nueve de la noche.
- El desayuno (de nueve a once de la mañana) está incluido en el precio de la estancia, pero la cena y las bebidas se deben pagar inmediatamente en efectivo en *doms*.
- Si no está satisfecho con la comida, puede comer en el hotel del pueblo vecino, Merin, o en la ciudad de Velké Mezirici.
- El agua de todo el recinto (excepto la del lago del parque) es potable.

Alojamiento

- Le rogamos nos informe de cualquier problema que tenga con el alojamiento en la recepción en la New House.
- Si va a torturar a sus esclavos en su habitación después de medianoche, por favor, limite sus gritos.
- Cuando el recinto está lleno de invitados, es posible que el agua caliente escasee (sobre todo por la noche). No pierda la oportunidad de ducharse durante el día.
- En caso de problemas de salud, incendios, etc., informe inmediatamente a la recepción. De noche, contacte con *Madame* Gabrielle llamando al timbre de la puerta de la tienda.

Estoy convencida de que cualquiera que leyera este reglamento, fuera de contexto y sin saber en qué consiste el verdadero SM, se espantaría. Yo misma, a pesar de estar

plenamente instruida en el tema, de haber convivido con gente del ambiente y de ir con una *domina* profesional de primera categoría, no pude quedarme indiferente. Es más, me entraron escalofríos. Pero también estaba claro que nadie entraba en el Reino del Otro Mundo sin poner reglas y límites en cuanto al uso de su cuerpo, los castigos que se iban a recibir, etc. Es decir, no se hace a ninguna «criatura masculina» algo que ésta no haya pactado previamente.

Monique me explicó que al Reino acuden dos tipos de hombres: los que van acompañados de su ama, que están de alguna forma protegidos por ella —dado que las demás amas no pueden tocar a un esclavo que no sea el suyo—, y los que acuden solos. A estos últimos se les llama «huérfanos» y están a disposición de todas las señoras durante su estancia. Suelen ser hombres «públicos» que se ofrecen a las mujeres para recibir azotes, limpiar sus botas para que estén siempre relucientes y hacer todo tipo de recados según sus gustos. Que quede claro que nadie hace nada en contra de su voluntad.

Luego están los esclavos personales de la Reina Patricia, los cuales, bajo ningún concepto, se pueden tocar (salvo falta grave por su parte). Llevan una camiseta del OWK con un círculo negro. Los intocables, los llegué a llamar yo. Están esencialmente al servicio de Su Majestad, comen separados de los demás esclavos y duermen en las catacumbas del castillo.

Una vez instaladas en la habitación, Monique y yo nos preparamos para comenzar la exploración del lugar sado-masoquista más importante del mundo.

Mis relaciones con una *domina*: lady Monique

La primera vez que oí hablar de la existencia del Reino del Otro Mundo fue en una popular revista francesa. Recuerdo que estaba de vacaciones en Francia, en casa de mis padres, y que, muerta de aburrimiento, me pasaba el día leyendo todas las revistas que mi madre conservaba como un tesoro en un pequeño baúl de madera. De eso hace nueve años. En una de ellas, aparecía un largo reportaje sobre las instalaciones de un castillo, situado en Cerna, República Checa, donde las mujeres *dominaban* a los hombres. Ricos empresarios de todo el mundo acudían a este lugar y pagaban para tener relaciones sadomasoquistas con señoras. Algunas fotografías aterradoras ilustraban la publicación. Recorté las cuatro hojas de la revista y las guardé en el bolsillo, un poco avergonzada. Sin dudarlo, decidí incluso arrancar el índice de la revista temiendo que mi madre pudiera descubrirlo. He conservado el reportaje durante todos estos años porque me llamó mucho la atención. No podía imaginar que mi curiosidad me iba a llevar un día a descubrir en primera persona los misterios que escondía ese morboso lugar.

Después de publicar mi primer libro *Diario de una ninfómana*^[1], empecé a colaborar con algunos medios de comunicación. Recuerdo que hablé varias veces del SM, aunque no lo había practicado de manera consciente. Mis experiencias en este terreno se limitaban a lo que se llama «psicosado» —más adelante definiré sus características—, con algún

ex o con clientes del burdel en el que trabajé en Barcelona. Pero fueron más una puesta en escena que golpes reales. Siempre he defendido el SM como práctica sexual alternativa, cuando es sano, seguro y consensuado. De hecho, la gente del mundillo predica este lema. Y no duda en desentenderse de cualquier práctica que no respete estas tres condiciones.

Creo que el SM está más cerca del *Ars amandi* que describía Ovidio en el siglo I d. C. que de la postura del misio-nero. Tengo recopilados unos cuantos artículos al respecto. Recuerdo que una periodista del diario *El Mundo* se explicó, no sin cierta ironía, con una frase mía que levantó polémica: «*Es mucho más democrático practicar SM con tu pareja que abrirte de piernas un sábado por la noche porque toca*». Suena escandaloso. Pero no lo es. El SM es un juego, sellado por un pacto en el que nada se hace en contra de la voluntad de los participantes. Ya sabemos que muchas mujeres practican sexo, aunque no les apetezca, para quedar bien, porque toca. ¿Es eso democrático? Desgraciadamente, el mundo del SM tiene mala prensa porque la industria pornográfica muestra escenas que están muy lejos de lo que es en realidad una verdadera sesión SM, y contribuye, sin saberlo, a asociar irremediabilmente el SM con violencia.

En mis apariciones públicas, mencionaba aquel lugar de Praga y afirmaba que en el SM había mucho amor, ya que se tiene que querer mucho a una persona para entregarse completamente a ella y decirle que haga lo que quiera, sin miedo a que vaya a romper el pacto previo a la sesión. Sin darme cuenta, me estaba adentrando en este mundo y empecé a conocer a gente experta en el sadomaso. Cuando mencioné en un programa de televisión a la Reina Patricia, soberana del OWK, una *domina* profesional llamó en directo y me propuso reunirse conmigo en privado y proporcionarme más información sobre el tema. Así conocí a Lady Monique de Nemours.

Mi primer encuentro con *Lady Monique* tuvo lugar durante una fiesta fetichista en un conocido local SM de Barcelona, cuyo acceso estaba restringido a las personas del mundillo. Era viernes por la noche y no sé si fueron los nervios o un virus repentino e inoportuno, pero unas horas antes de acudir a mi cita con Monique, empecé a sentirme muy mal y a vomitar. Me arrastré del dormitorio al baño, con fiebre y unos retortijones insoportables. A pesar de mi estado, tenía muchas ganas de ir, así que vacié media caja de Buscapina, me vestí de negro para estar a juego con las circunstancias y cogí un taxi.

Ya en el local, un tipo me abrió la puerta con aire suspicaz. Monique estaba justo detrás, copa en mano, y con una mirada le hizo entender que ella me había invitado.

—Pasa, Valérie. Vamos arriba, estaremos más tranquilas—me dijo, sonriendo.

Monique llevaba una minifalda de cuadros escoceses, camisa blanca con corbata y unas botas de montar de tacón infinito. Parecía una colegiala y, aunque era dulce conmigo, el tono de su voz recordaba a todos que la que mandaba era ella. Me presentó al dueño del local, que seguía con cara de pocos amigos, y subí con ella por unas escaleras que llevaban a un pequeño salón situado en el primer piso. Confieso que en algún momento quise escaquearme; mi cara de susto no pegaba con ese mundo. También era consciente de que mi presencia despertaba recelos; por aquel entonces la gente conocía mi imagen pública. Al dueño no le hacía gracia mi visita. Pero Monique me respaldaba. Y nadie se atrevió a hacer comentarios.

En un rincón del salón apareció un hombre pequeño.

—Es Paul—me explicó Monique—. Es *máster* y mi *manager* desde hace diez años. Es francés, así que podéis hablar en vuestro idioma.

Paul se acercó y me dio la mano. Para no hacer el ridículo, intercambié unas palabras con él en francés. A lo largo de la noche, opté por no hacer demasiadas preguntas y,